

Reseña Ensayo

Acordarse de olvidar a Lampe. A propósito de la Ilustración y las ciencias

JAVIER MOSCOSO (*)

Alberto ELENA; Javier ORDÓÑEZ; Mariano COLUBI (comps.). *Después de Newton: ciencia y sociedad durante la Primera Revolución Industrial*, Barcelona, Santafé de Bogotá, Anthropos, Uniandes, 1998, 207 pp. ISBN: 84-7658-527-6 / W. CLARK; J. GOLINSKI; S. SCHAFFER (eds.). *The Sciences in Enlightened Europe*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1999, 566 pp. ISBN: 0-226-10940-2.

BIBLID [0211-9536(2000) 20; 539-552]
Fecha de aceptación: 4 de abril del 2000.

«Acordarse de olvidar a Lampe» es una de esas lacónicas frases con las que el filósofo Immanuel Kant se despidió de la vida para dar trabajo a sus exégetas. Al final de sus días aparecieron el *coma vigil* [sic], *la hinchazón en la boca del estómago*, el exceso de tabaco y de alimento. Todo acabó, por fin, en una clasificación incompleta de los instrumentos de cuerda: «Piano, piano de cola, órgano positivo, órgano». Poco antes de morir —y de esta frase que cierra la obra póstuma del pensador prusiano— el filósofo de Königsberg había despedido a su mayordomo después de cuarenta años de servicio. Ante una pérdida que

(*) Doctor en filosofía, Profesor asociado, Departamento de Filosofía, Universidad de Murcia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Murcia, 30100, Espinardo, Murcia

parecía ser incapaz de comprender, —pero que, al parecer, tampoco podía dejar de pensar—, el creador del imperativo categórico se asignó la difícil tarea de olvidar a Lampe (1). Era el año 1802. Durante el siglo anterior se había discutido hasta la saciedad la relación entre la involuntariedad del olvido y la voluntariedad de la memoria, del mismo modo que se había desplegado toda una panoplia de pensamientos éticos ligados a la relación moral de los movimientos reflejos, voluntarios y mixtos. Algunas de esas conexiones psico-sensoriales fueron objeto de estudio detenido en *La Formation du concept de réflexe aux xvii et xviii siècles*, del siempre tan poco citado maestro de Foucault, George Canguilhem.

Al final de este ensayo volveré sobre Lampe. Por el momento quisiera reconducir al lector hacia la historia de las ideas y de las prácticas científicas, hacia unos modelos historiográficos que nos han proporcionado en los últimos veinte años una lectura de la Ilustración que la coloca entre los problemas relativos a la noción de «evidencia» —más propia del siglo xvii—, y un discurso de la experiencia sin sujeto que se ha llamado «objetividad». Desde la publicación de *The Ferment of Knowledge*, editado por Roy Porter y G. S. Rousseau en 1980 (2), hasta el tan largamente esperado libro de William Clark, Jan Golinski y Simon Schaffer, *The Sciences in Enlightened Europe*, que ha aparecido el pasado mes de agosto, la forma y el contenido con los que se ha leído la ciencia y el pensamiento ilustrado han variado drásticamente. Hemos pasado de investigar la relación entre sistemas científicos y sistemas de pensamiento hasta la nueva epistemología histórica, desdiciendo en el camino la historia de las ideas, la actitud ilustrada, la historia social del pensamiento y de la ciencia, la sociología histórica, algunas versiones de la nueva historia cultural y, sobre todo, rebelándonos contra una historia total de la Ilustración como si fuera una quimera, como si el pasado

(1) KANT, Immanuel. *Transición de los principios metafísicos de la ciencia natural a la física*, Madrid, Editora Nacional, 1983.

(2) ROUSSEAU, George; PORTER, Roy (eds.). *The Ferment of Knowledge: Studies in the Historiography of Eighteenth-Century Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

se hubiera convertido en pequeños pecios de una tarea arqueológica o de una nueva y confusa ciencia forense.

La Ilustración se ha mostrado un fenómeno esquivo histórica, política y conceptualmente. Quizá antes que nada por la disparidad y la variedad de sus distintas denominaciones. Al referirnos al pensamiento ilustrado hablamos de la revolución industrial del siglo XVIII de Paul Mantoux; del surgimiento de la esfera de la opinión pública del filósofo alemán Jürgen Habermas, o de la sociedad de consumo que pusieron de moda McKendrick y John Brewer (3). Quizá pensamos en la consolidación de una revolución en la lectura —de la que hablaba Rolf Engelsing— ligada al surgimiento de la novela que describió tan prodigiosamente el historiador Ian Watt (4), de la república de las letras o de la república de los lectores de Roger Chartier, de la edad de la imaginación de Marie-Hélène Huet o del surgimiento de una nueva cultura de la sensibilidad que describe el libro de la historiadora Barker-Benfield (5). Quizá ya no creemos en el moderno paganismo que Peter Gay heredó de la obra de Cassirer, y ni siquiera en el mundo desencantado que Keith Thomas tomó prestado de Max Weber; pero seguimos enredados en categorías como el «nuevo mundo del siglo XVIII» de Alan Frost, la esfera de lo doméstico, la cultura del carnaval y de la máscara, o el submundo literario al que Robert Darnton —uno de los más lúcidos intérpretes de la Ilustración— ha llamado genéricamente «Grub Street» (6). Tanto si creemos en *The long Enlightenment* de Roy Porter como en el *período clásico* de Michel Foucault, lo cierto es que ya

-
- (3) MCKENDRICK, Neil; BREWER, John. *The Birth of a Consumer Society: The Commercialization of 18th century England*, Bloomington, 1982. HABERMAS, J. *The Structural Transformation of the Public Sphere*, Cambridge, Mass. MIT Press, [1962] 1989.
- (4) WATT, Ian. *The Rise of the Novel: Studies in Defoe, Richardson and Fielding*, London, Hogarth Press, [1957] 1987.
- (5) CHARTIER, Roger. *The Order of Books*, Cambridge, Polity Press, 1994. HUET, Marie-Hélène. *Monstrous Imagination*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1993. BARKER-BENFIELD, G.J. *The Culture of Sensibility: Sex and Society in 18th century Britain*, Chicago, Chicago University Press, 1992.
- (6) PORTER, Roy. *The Enlightenment*, London, Macmillan, 1992. FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Trad. española, Madrid. Siglo XXI, [1966] 1988.

no consideramos la Ilustración como un espacio de ciencia normal comprendido entre dos revoluciones científicas o entre dos reformas institucionales (7). A decir verdad, ni siquiera creemos ya en la revolución científica y hemos variado drásticamente el concepto esquivo de la institucionalización y profesionalización de la ciencia. El brillantísimo artículo de Ken Alder, *French Engineers become Professionals: or, How Meritocracy Made Knowledge Objective*, comprendido en el libro de Chicago citado más arriba debería ser muestra suficiente de que el procedimiento de distribución del mérito también depende de lo que se considere meritorio en cada caso. Más aún, la negociación por una institucionalización de la meritocracia está subordinada a nuestra capacidad para legitimar a los responsables de hacer nuestra obra merecedora de crédito y, en su caso también, digna de elogio.

Las dos compilaciones de las que me voy a ocupar no son muy diferentes en sus presentaciones, en sus aspiraciones e incluso en sus formatos. De muy distinta manera, eso sí, ambas se presentan como un intento de poner orden en el universo de la representación, de generar una nueva taxonomía de problemas, de desenmarañar las historias particulares en una nueva narrativa que permita la integración de los distintos capítulos en un cuerpo de conocimiento más o menos organizado. *Después de Newton* es un libro que surge de un Congreso Internacional celebrado en Madrid en 1988. *The Sciences in Enlightened Europe* partió de una reunión de trabajo en el Darwin College de Cambridge en 1995. En el caso del libro de *Anthropos* ha llevado diez años publicar los ensayos, y en el segundo, tan sólo (!) cuatro. Quizá lo más notable de todo, el libro de Elena, Ordoñez y Colubi parte de una reforma historiográfica patente a finales de los años ochenta y se coloca en una perspectiva metodológica que entonces no dejaba de ser moderna, del mismo modo que el libro de Chicago se presenta ahora como la última palabra autorizada —en el sentido de Ken Alder— sobre el estado de la Ilustración o, mejor aún, de los conocimientos científicos en la Europa

(7) DARNTON, R. *The Literary Underground of the Old Regime*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1982. GAY, P. *The Enlightenment: An Interpretation*, 2 vols., London, Norton Library, 1966-1969. CASSIRER, Ernst, *La filosofía de la Ilustración*, Madrid, FCE, [1932] 1984.

Ilustrada. Pese a las diferencias sobre las que más tarde entraremos, ambos libros son aproximaciones, momentos de una historia fragmentada ligada a reacciones historiográficas, políticas académicas y también ¿por qué no? estados emocionales relacionados con las políticas científicas de sus compiladores y de sus contribuyentes. Los dos libros provienen de reuniones más o menos clarificadoras sobre el estado de la cuestión ilustrada, se sostienen sobre fuentes primarias analizadas desde la ruptura de grandes modelos historiográficos y son testigos, cada uno a su manera, de historias dispares que en algunos casos podrían intercambiarse. Lo más notable de todo, ambos libros admiten una doble lectura ya sea que sus capítulos se entiendan como documentos de esa historia que, a decir de Foucault, hemos perdido para siempre, o como un momento de reflexión ligado a un particular desarrollo socio-político dentro de los años ochenta y principios de los noventa, algo en lo que desde luego no va a intentar indagar el autor de esta reseña (8).

El punto de partida del libro de *Anthropos* es la relación entre la llamada «revolución científica» y la «primera revolución industrial». El artículo inicial de Alberto Elena y de Javier Ordóñez, *De la Revolución Científica a la Revolución Industrial: la dimensión tecnológica del newtonianismo*, es un texto muy notable que reconoce una deuda importante con los trabajos, entonces pioneros, de Arnold Thackray, de Larry Stewart y de Margaret Jacob, sobre la relación que la ciencia newtoniana pudo tener entre los desarrollos tecnológicos del siglo ilustrado y, más en concreto, sobre los canales de transmisión de conocimientos entre la filosofía natural predominante y las actividades tecno-científicas promovidas por los discípulos del autor de los *Principia* en relación con la industrialización de Inglaterra y la fusión entre intereses científicos y financieros (9). Este artículo, —uno de los pocos que ha sido revisado después

(8) Es notable, no obstante, que el recorrido por la historiografía de la Ilustración que abre el libro de Cambridge sea poco más que historia intelectual, por no decir, inevitablemente: “historia interna”.

(9) De los otros textos a los que hago referencia véase sobre todo JACOB, M. *The Cultural Meaning of the Scientific Revolution*, Philadelphia, Temple University Press, 1987.

de 1989 en la medida, por ejemplo, en que se cita un texto del propio Stewart de 1992 inaccesible entonces (10)— entronca con otro magnífico libro compilado por Javier Ordoñez y Alberto Elena a finales de los años ochenta sobre la dimensión pública del conocimiento científico y que incluía contribuciones de Elisabeth Eisenstein, de Londa Schiebinger, de Rousseau, de Horacio Capel o de David Knight, entre otros (11). Para Elena y Ordoñez, había aspectos en la difusión de la ideología newtoniana que habían quedado inexplorados por los trabajos de Pierre Brunet, de Rupert Hall, de Paolo Casini o de Henry Guerlac. Algunas de las contribuciones de *Después de Newton* pretendían llenar ese vacío que la historia de las ideas había dejado inexplorado.

Marta Féher, por ejemplo, estudia la popularización de la ciencia newtoniana desde el punto de vista de las técnicas persuasivas ligadas al proceso de divulgación científica. Apoyándose en la obra de Desaguliers y de Algarotti, Féher intenta poner de manifiesto cómo «la ciencia moderna nació al mismo tiempo que la ciencia popular» (p. 44) y en qué medida esa ciencia popularizada sirvió como argumento ideológico frente a modelos científicos adversos. La herencia de Kuhn, en el sentido de introducir factores sociales en detrimento de criterios puramente lógicos de evaluación de teorías y de elección racional gravitaba sobre el artículo de Féher como, a mi entender, sobre toda la compilación de Elena, Ordoñez y Colubi. Aunque en ningún momento se llegaba a describir la ciencia newtoniana como ciencia normal —aunque sí como «paradigma»— persiste en el libro la sensación de que la comunidad científica podría definirse en términos de valores cognitivos y prácticas sociales compartidas susceptibles de atravesar fronteras entre disciplinas y entre clases. Así, por ejemplo, Sergio Cremaschi estudia la relación entre el sistema newtoniano y el desarrollo de la economía política en el siglo XVIII. Partiendo de trabajos anteriores, de John Noxon por ejemplo (12), sobre la influencia de Newton en la obra del

(10) STEWART, L. *The Rise of Public Science: Rethoric, Technology and Natural Philosophy in Newtonian Britain, 1660-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

(11) ORDOÑEZ, J.; ELENA, A. (comps.). *La ciencia y su público*, Madrid, CSIC [Estudios sobre la ciencia, 12], 1992.

(12) NOXON, John. *Hume's Philosophical Development*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973.

filósofo escocés David Hume, su artículo revisa la *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith, interpretándolo no sólo como el texto fundacional de la nueva economía política, sino como uno de los libros pioneros en la capacidad de introducir el llamado «método newtoniano» en cuestiones morales y económicas (p. 79). James A. Bennet analiza el lugar desempeñado por los instrumentos científicos, ya fueran matemáticos, ópticos o filosóficos, como objetos susceptibles de incorporar valores de consumo al tiempo que potencialidades demostrativas (13). La compilación se cierra con una contribución de Bernadette Bensaude-Vicent sobre la actitud de la ciencia ante la Revolución francesa y otra de Robert Fox sobre las academias provinciales.

La mayor parte de los sociólogos de la ciencia ya no sostendrían modelos difusionistas ligados al desarrollo de un siglo newtoniano como aparece caracterizado, por ejemplo, y de manera muy notable, en el artículo de Cremaschi. Más bien al contrario, la reconstrucción de un supuesto debate en torno a los valores no epistémicos o, como se decía antes, a la «historia externa» del newtonianismo parecería más bien como un pseudo-problema que se extendió por la historia social del pensamiento y de la ciencia como una gangrena del espíritu alimentada, primero, por el derrumbe de la vieja filosofía de la ciencia y de sus estudios sobre confirmación e, incluso con anterioridad, por la historia intelectual más rancia del mundo ilustrado. Fue después de todo Francisque Bouillier uno de los primeros en defender, en su monumental *Historia de la filosofía cartesiana*, que los ilustrados franceses no fueron herederos de Descartes, sino del programa baconiano de Isaac Newton y del empirismo epistemológico de John Locke. Un punto de vista que recibió distintos apoyos, ya en el siglo XX, por interpretaciones tan prestigiosas e influyentes como la famosísima *Filosofía de la Ilustración* de Ernst Cassirer (14).

En estos términos, la discusión sobre las formas de entrada y legitimación de un determinado modelo científico ligado a otro conjunto

(13) SHAPIN, S.; SCHAFFER, S. *Leviathan and the Air-Pump. Hobbes, Boyle and the Experimental Life*, Princeton, Princeton University Press, 1985.

(14) BOULLIER, François. *Histoire de la philosophie cartésienne*, 2 vols., Paris, Durand, 1854.

de prácticas económicas o tecnológicas se enmarcaba en los desarrollos sobre la difusión, la popularización, la mundialización o la divulgación científica que estuvieron tan de moda a finales de los años ochenta. El libro compilado por Elena, Ordóñez y Colubi trasciende, sin embargo, estas viejas topologías de modelos y metáforas y explora vías de transmisión y traducción de conocimientos y prácticas científicas que se han mostrado a la larga extraordinariamente eficaces y que no desmerecen los estudios sobre la ciencia ilustrada producidos durante la década de los noventa. Más bien al contrario, habría que agradecer al libro de *Anthropos* el plantear con honradez exquisita un problema historiográfico de difícil formulación, tal vez discutible en su planteamiento, pero suficientemente profundo como para sostenerse por sí sólo en una variedad de casos e investigaciones específicas. En términos comparativos, resulta llamativo que mientras en esta compilación la diversidad de los artículos ilustra la unidad temática, en el libro de Chicago suceda, más bien al contrario, que la Ilustración se desvanezca en lecturas demasiado fragmentadas de textos notables, pero inconexos o, como nos sugieren los autores para intentar legitimar la paradoja, «dialécticos».

El libro de Clark, Golinski y Schaffer está dividido, en efecto, en tres grandes secciones: «Cuerpos y tecnologías», «Humanos y naturalezas» y «Provincias y periferias». Se inicia con una revisión historiográfica de la historia de la Ilustración y con un artículo de Dorinda Outram sobre la actualidad del pensamiento ilustrado; el único artículo de todo el libro que desmerece la extraordinaria calidad del conjunto y que podría muy justamente considerarse un *work in regress*. Lo cierto es que desde que Outram escribió en 1989 *The Body and the French Revolution* —una contribución importante a los estudios culturales de la ciencia— los errores de interpretación de esta *senior* de la historia no han dejado de sucederse. En su obra *The Enlightenment*, —un manual dirigido a estudiantes e interesados no especialistas en la Ilustración— llamaba especialmente la atención que Outram atribuyera al filósofo Lessing, que murió en 1781, la capacidad de haber respondido a la pregunta que el *Berlinische Monatsschrift* dirigió a la sociedad alemana en 1784 (15).

(15) OUTRAM, D. *The Enlightenment. New Approaches to European History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, cap. I. Para una correcta interpretación de

En el artículo inicial de este libro de Clark, Golinski y Schaffer, Outram lucha denodadamente por hacernos comprensible la relación entre la Ilustración, la Escuela de Frankfurt, la obra de Habermas, el pensamiento de Heidegger o el concepto de *Objectivität* en la obra sociológica de Max Weber. Para Outram, «puesto que la Ilustración rechaza el uso de los medios, como la revelación o la tradición, en la solución de problemas, al final es imposible dar cuenta de ellos sin recurrir al uso de la fuerza» (p. 39). En cierta medida, la clarificación de la obra de Horkheimer y de Adorno, que es a lo que aquí se está haciendo referencia, resultaba inevitable para sostener el conjunto del libro sobre el supuesto carácter dialéctico de sus secciones. Lo cierto, sin embargo, es que, al contrario de lo que pretende Outram, la *Crítica de la razón instrumental* de Horkheimer no descansaba sobre ninguna limitación de los medios, sino justamente al contrario, sobre la eliminación de los fines. La razón eclipsada ya no era *Vernunft*, sino *Verstand*, razón calculadora y mediática. Por eso la *Dialéctica de la Ilustración* caracterizó como ideológica la conceptualización de la esperanza, mientras la biología política del tercer Reich describía despectivamente a sus autores como «pensadores judíos».

Quizá esta confusión entre los medios y los fines no sea más que un error inocente, o tal vez estemos ante un error en el que, ahora sí, «puesto que la jerga es sometida a un sello tan profundo, sucede que al final ya no aparece nada que no lleve por anticipado el signo de la jerga» (16). El texto de Outram disipa las dudas de los lectores ante la falta de cohesión de la obra reconociendo a la Ilustración un carácter inaprehensible en la totalidad de su concepto: *unaussprechlicher vieldeutiger Gedanke!*, les gustaba escuchar a los miembros de la Escuela (17) «Cada sección [nos dicen los compiladores de esta obra] ha tratado a su manera la dialéctica de la Ilustración» (pp. 307-308). Desgraciadamente

estos asuntos, véase, por ejemplo VILLACANA, J. L.. Crítica y presente: sobre las bases de la Ilustración kantiana. In: *En defensa de la Ilustración*, Madrid, Alba Editorial, 1999, pp. 9-71.

(16) ADORNO, T.; HORKHEIMER, M. *Dialéctica de la Ilustración*, Buenos Aires, Editorial Sur, [1944] 1973, p. 155.

(17) SCHOENBERG, Arnold. *Moses und Aron*, 1931-1932. Libreto. Moisés describiendo a Dios: «¡Pensamiento inexpresable y polifacético!».

para ellos, su compilación no es un ejemplo de razonamiento dialéctico sino, en el mejor de los casos, de razonamiento analógico y, en el peor, de un saber puramente enciclopédico que presupone un conocimiento profundo de la Ilustración antes de que el lector llegue a abrir la primera página.

La primera de las secciones —«Cuerpos y tecnologías»— incluye artículos, excelentes, a cargo de Andrea Rusnock, de Jan Golinski, de Ken Alder y de Simon Schaffer sobre temas tan dispares como la biopolítica, el desarrollo de la ciencia barométrica, la construcción social de la meritocracia o la identidad estructural entre hombres que funcionaban como si fueran máquinas y, a la inversa, de autómatas que operaban como si fueran hombres. Se trataba, a decir de los compiladores, de explorar la relación entre conceptos y técnicas universales frente a prácticas y actividades locales, de introducir actores humanos y no-humanos en espacios uniformes y racionales del conocimiento. Andrea Rusnock, por ejemplo, dirige al lector hacia los mecanismos internos de la biopolítica foucaultiana, que en este caso se identifica con los agentes de control de la población a través de la demografía y la estadística. En su empeño por comprender cómo la «población» pudo ser susceptible de control médico, político, moral y administrativo, Rusnock no sólo entronca con la tradición de Foucault en *Vigilar y Castigar*, sino con Lorraine Daston, con Ian Hacking y, más lejanamente, con aquel viejo libro en el que Jürgen Habermas describía la Ilustración cómo el período que había culminado la institucionalización del uso colectivo de las razones privadas, que había desembocado en el surgimiento de nuevos cuerpos de conocimiento, nuevas formas institucionales y nuevas tecnologías de la gestión pública.

La segunda de las secciones —*Humanos y naturalezas*— se abre con una discusión, de Michael Hagner, sobre los espacios de representación y de negociación del cuerpo anormal desde su colección en gabinetes hasta su integración en sistemas epigenéticos a finales del siglo XVIII. La sección continúa con una discusión, a cargo de Marina Frasca-Spada, sobre los intersticios de la anatomía ilustrada de la mente o, mejor dicho, de un conocimiento de las pasiones susceptible de convertirse en objeto de consumo dentro de los límites de la conversación galante. Mary Terral estudia la formación de un lenguaje privilegiado y matemá-

tico como forma de control sobre el fanatismo asociado a todo discurso femenino desligado de un sistema objetivo de retribución del mérito... y así sucesivamente. Los caracteres de estas historias se cuentan por decenas: desde las protagonistas de las novelas de Richardson hasta los invitados, por Hume, a su *Historia de Inglaterra*. Quizá el punto de conexión entre todos estos textos sea la expulsión de la metafísica entendida como una forma de superstición ligada a la cultura femenina de los salones aristocráticos o como una identidad cultural del pensamiento, la ciencia y el gusto ilustrado cuya fragmentación pudo producir, en palabras de Emma Spary, el desarrollo de las ciencias positivas. Para Clark, para Golinski y para Schaffer se trata de poner de relieve la relación esquiua entre la universalidad de los conceptos en relación a sus instancias, de la misma manera que en la sección tercera —*Provincias y Periferias*— se explora la relación entre la Ilustración y sus márgenes, de modo que al esfuerzo por recrear una nueva geografía de la razón se suma la inevitable multiplicación de las historias locales y, en consecuencia, la dificultad de entender lo particular, lo diferente, lo marginal, como ejemplo o como excepción de una sola historia de las ciencias (18).

En su digresión y epílogo sobre *Historia Interna, o cómo acabar la Ilustración*, Nicholas Jardine argumenta que la Ilustración terminó con una reestructuración o transformación del discurso y la conciencia histórica. Apoyándose en *Las palabras y las cosas* de Michael Foucault y en *El futuro pasado* de Reinhart Koselleck, Jardine identifica la nueva historiografía romántica con la historia interna del espíritu, de la cultura o de la vida, es decir, con el desarrollo de las grandes narrativas que la mayor parte de los historiadores de la ciencia y del pensamiento de finales del siglo xx hemos desdeñado y condenado a la *damnatio memoriae* de la ley romana. Aunque Jardine remite a *The Scenes of Inquiry*

(18) Los artículos de esta sección corren a cargo de Paula Findlen, que investiga la Italia ilustrada y, más particularmente, la obra de Cristina Rocatti; de Lissa Roberts, que discute el papel que tradicionalmente se ha atribuido a la Ilustración holandesa como mediador entre Inglaterra y el Continente; de Lisbert Koerner, que explora la Ilustración en el Báltico y, finalmente, del propio William Clark, que cierra el recorrido de las periferias con el surgimiento de una antropología romántica derivada, a su parecer, del destierro de la vieja metafísica.

—un libro que publicó en 1991— y que contenía algunos capítulos sobre historia e historiografía, aquella obra sólo llegaba a la parte más superficial de la herencia de la Ilustración en términos de discurso histórico y quedaba muy lejos del análisis ofrecido ahora a modo de epílogo o, más bien, habría que decir: de epitafio (19). El mérito del historiador inglés consiste en abrir aún más la herida provocada por la oposición entre los nuevos fragmentos de una historiografía preocupada con historias particulares, con dinámicas locales o con acontecimientos puntuales —que como el beso de Lamourette, el jugador de ajedrez Turco o el negro Albino que recorrió las calles de París en 1744 son, en su mayor parte, y en un sentido técnico, «obscenos»— frente al deseo de retornar al marco historiográfico más amplio de los grandes relatos en los que fundir y condensar las historias particulares. Lampe, dice Jardine, es el nombre con el que Kant asocia la metafísica y, por extensión, el nombre con el que quizá nosotros soñamos con las grandes filosofías de la historia, con los esfuerzos de la memoria por conjugar las historias locales con la «Historia Universal», la historia de los seres humanos con la historia natural, o la función con la estructura interna, esto es: la historia con el resto de las ciencias comprensivas que Windelband y Droysen llamaron ideográficas.

El texto de Jardine problematiza el aspecto que el último gran libro sobre el desarrollo de las ciencias humanas en el siglo XVIII había dejado inexplicablemente desatendido —la historia civil— y del que éste que finaliza ha llegado a dar cuenta por vía negativa (20). La fragmentación de la memoria, su carácter intrusivo y deslavazado, la proliferación de objetos de estudio y de técnicas de análisis, la sobreabundancia de notas frente a textos cada vez más minimalistas, ha provocado una generación tal de compilaciones sobre el pensamiento y la ciencia en la Ilustración que cada vez parece más difícil escribir su historia. La relación entre el pasado y el presente de *Les Lumières* —que se había entendido en términos de racionalidad y cuyo carácter dialéctico heredaba los

(19) JARDINE, Nicholas. *The Scenes of Inquiry. On the Reality of Questions in the Sciences*, Oxford, Oxford University Press, 1991, véanse especialmente los capítulos 6 y 7.

(20) FOX, Christopher; PORTER, Roy; WOLKER, Robert (eds.). *Inventing Human Science. Eighteenth Century Domains*, Berkeley, University of California Press, 1995.

paralogismos de la razón pura y, especialmente, la imposibilidad de fundar una ciencia del ser humano— se nos presenta ahora como una crisis discursiva enraizada en la voluntariedad de la memoria y la involuntariedad del olvido.

No tiene razón Simon Schaffer, en su capítulo *Enlightened automata*, cuando afirma que nunca hemos sido ilustrados (p. 163). Más bien al contrario, al menos en lo que respecta a las posibilidades de representación de una ciencia de la historia, y mirando su libro, nunca lo habíamos sido tanto. La crisis de las grandes narrativas y, al mismo tiempo, la proliferación de técnicas discursivas ligadas a los procedimientos de validación de la prueba nos ha remitido a un modelo historiográfico en el que, parafraseando a Lichtenberg, resulta difícil distinguir las crónicas de las novelas. Nuestra historia de la ciencia ha perdido el tema, la unidad de tiempo, la unidad de espacio y la unidad de acción. En eso vuelve a asemejarse al mito con el que Adorno y Horkheimer identificaron las prácticas cognitivas y las conductas sociales que hicieron saltar por los aires las estructuras socio-políticas del Antiguo Régimen y que, en su sentir, desembocaron en esa nueva crónica negra de la razón instrumental que fueron los campos de exterminio. En este contexto, Jardine opta por asegurarnos que mientras renegamos de las categorías de los grandes relatos no hacemos sino darles nuevas formas y que la dialéctica de la Ilustración, al menos por lo que respecta a la confrontación entre narración e historia parece poder resolverse. Esto parece ser especialmente verdad en el caso del artículo de la directora del Instituto Max-Planck de Historia de la ciencia en Berlín, que cierra la compilación del libro de Clark. Apoyándose indirectamente en el ahora famoso libro de Steven Shapin sobre la Revolución Científica, Lorraine Daston en *Afterword: The Ethos of the Enlightenment* ya no pregunta qué es la Ilustración, sino quiénes fueron los ilustrados y, sobre todo, cómo llegaron a serlo (pp. 495-504). Pero aun cuando su punto de partida sea una negativa a establecer nuestro conocimiento de la Ilustración sobre los pies de barro de la historia de las ideas (21), Daston no consigue desembarazarse de una historia inte-

(21) SHAPIN, Steven. *The Scientific Revolution*, Chicago / London, University of Chicago Press, 1996.

lectual de las representaciones. El concepto de «utilidad», con el que Daston pretende completar una historia de la *politesse*, del decoro y de la cultura burguesa de la Ilustración, quizá sea lo suficientemente fértil como para esclarecer otros que, como el de «naturaleza», habían quedado relegados a meros vestigios de la historia del pensamiento y sobre los que tal vez sea posible hacer gravitar de nuevo una lectura unificada de la historia y de la ciencia (22). Tiene razón Daston cuando escribe, invirtiendo la fórmula de Conrad, que nadie sabe qué obscuridades nos esperarán al final de tantas luces. Los indicios nos sugieren, sin embargo, que en su caso, como en el de Kant, nuestro destino parece irrevocablemente ligado a la inevitabilidad de pensar una y otra vez la vieja historia como si fuera metafísica, como si nunca pudiéramos dejar de acordarnos de olvidar a Lampe.

(22) EHRARD, Jean. *L'idée de la nature en France dans la première moitié du xviii^e siècle*, Paris, Albin Michel, [1963] 1994; CHARLTON, D. G. *New Images of the Natural in France: A Study in European Cultural History, 1750-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.